

Marco Aime

Pensar distinto:
Antropología
en diez palabras



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Pensare altrimenti: Antropologia
in 10 parole*

Esta edición se ha publicado por acuerdo
con Immaterial Agents & Oh!Books Literary Agency.
Traducción: Manuel Cuesta

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © add editore, Torino, 2020
© de la traducción: Manuel Cuesta Aguirre, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-918-6
Depósito legal: M. 15.365-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Breves divagaciones de antropología
16	1. Ser (humanos)
27	2. Convivir
40	3. Comunicar
53	4. ¿Dónde y cuándo?
68	5. Crecer
79	6. Reflejarse
90	7. Representarse
102	8. Intercambiar, dar
116	9. Creer
129	10. Alimentarse
140	Para quien quiera profundizar

Breves divagaciones de antropología

¿Por qué estas breves divagaciones? Porque, nos guste o no, estamos asistiendo a un remezclarse cada vez más rápido del mundo que nos rodea en el cual nos encontramos cada día con personas procedentes de lugares de los que a menudo sabemos poquísimos, y en el cual nos vemos obligados a situarnos frente a concepciones del mundo diversas. Acostumbrados desde hace demasiado tiempo a exportar gente –y no tanto a acogerla–, así como a tener una idea de nosotros mismos en términos monoculturales, blancos y católicos, el «otro» nos ha encontrado desprevenidos cuando ha hecho irrupción en nuestra casa, lo que también se debe a nuestra experiencia colonial –por lo demás, hace tiempo arrumbada–, que no nos ha proporcionado elementos de comparación. Para asimilar este trasiego cotidiano y constante de elementos culturales «rebotados» –que a menudo terminan encontrándose

lejos de los sitios en los que se produjeron—, es posible que una mirada oblicua, que conecte puntos no consecutivos, pueda resultar útil para interpretar los nuevos escenarios que se andan conformando ante nuestros ojos. No soy lo bastante ingenuo como para pensar que un enfoque antropológico pueda resolver los problemas que marcan nuestros tiempos, pero apartarse de los puntos de vista al uso, asumir una perspectiva diferente, puede ayudarnos a entender mejor lo que sucede en nuestras ciudades, en nuestras calles, en nuestras vidas.

Tratar de pensar como piensan los otros, quienquiera que estos sean, no necesariamente significa —como muchos temen— someterse a costumbres distintas, sino entender y conocer para buscar puntos en común y semejanzas, en lugar de poner el acento en las diferencias, que a menudo resultan no ser tales. Por eso es necesario divagar, o sea, «ir vagando aquí y allá sin una meta precisa, desviarse, perderse, traspasar los confines», según el *Dizionario della lingua italiana per il terzo millennio* [Diccionario de la lengua italiana para el tercer milenio].

He aquí, por tanto, un pequeño viaje al mundo de la antropología; en absoluto un manual, sino un primer paso para acercarse a la diversidad sin demasiados prejuicios y cobrar conciencia de que nuestro modo de vivir es uno de los muchos posibles, ni mejor ni peor que otros. Y los «otros», ¿quiénes son? Sujetos como estamos al frenesí que nuestro mundo nos impone, con los ojos cada vez más clavados en la pantalla del *smartpho-*

ne, dedicamos poco tiempo a reflexionar sobre qué somos, y sobre quiénes son aquellos a los que calificamos de «otros». En una época en la que con demasiada frecuencia la diversidad se estigmatiza, se denuncia y en ocasiones se ataca, probar a alejarnos de ese flujo mediático incesante que nos envuelve –midiendo con un metro distinto la distancia entre nosotros y los otros–, ponernos, aunque solo sea por un momento, en la piel de estos y observarnos a nosotros mismos «desde lejos», puede resultar un ejercicio saludable.

A menudo se dice que la antropología cultural es una disciplina indisciplinada... y en parte es verdad. No podría ser de otra manera porque, en el fondo, se hace *con* las personas y no *sobre* las personas: no las reduce a objetos de estudio, sino que las implica; no subdivide el mundo del conocimiento en partículas diferenciadas, y sobre todo se basa en el diálogo, en el reconocimiento de quien se halla ante nosotros. El antropólogo habla de ciudad y campo, de colonizadores y colonizados, de ricos y pobres, de indígenas e inmigrantes, de hombres y mujeres, pero sobre todo habla «de lo que los une y los contrapone, de todo lo que los vincula y de las repercusiones de estos modos de relación», dice Marc Augé.

¿Y cómo «disciplinar» las relaciones humanas?

Basta releer las siguientes palabras –entre desconsoladas y divertidas– de Edward E. Evans-Pritchard, uno de los grandes maestros de la antropología, para entender lo complicado que aquí resulta establecer un método riguroso:

Cuando era un joven estudiante serio en Londres intenté, antes de marchar para África Central, recopilar consejos prácticos de investigadores experimentados. El primer consejo que busqué fue el de Westermarck. Todo lo que conseguí de él fue un «No hables con un informador más de veinte minutos porque, si llegado ese punto tú no estás aburrido todavía, lo estará él». Óptimo consejo, pero en absoluto suficiente. Luego busqué la ayuda de Haddon, uno de los hombres más expertos en la investigación sobre el terreno. Me dijo que en realidad era todo muy sencillo: bastaba comportarse como un caballero. Seligman, mi maestro, me dijo que me tomase diez pastillas de quinina cada noche y que me mantuviera alejado de las mujeres. El famoso egiptólogo Flanders Petrie me dijo que no me preocupase si bebía agua sucia, porque pronto me inmunizaría. Por último pregunté a Malinowski: me dijo que no hiciera el idiota.

Presentado en ocasiones como una especie de Indiana Jones –confundido mucho más a menudo con un arqueólogo, con un historiador o con un medidor de cráneos–, el antropólogo busca analizar e interpretar las diferencias. Por ese motivo debe dar un «largo rodeo» –la expresión es de Clyde Kluckhohn– para volver a casa, pasando por lugares y entre personas distintos de él. Para hacerlo tiene que desplazarse un poco, de modo que pueda observar la realidad con aquella «mirada de lejos» que teorizó Lévi-Strauss, mirada que nos permitirá entender que la diversidad, como tal, no puede ser inferior.

No es casual que sea el propio Lévi-Strauss quien encuentre cierta analogía entre la antropología y la astronomía en la medida en que ambas estudian fenómenos lejanos:

La astronomía no solo exige que los cuerpos celestes se encuentren lejos, sino también que el tiempo allí no transcurra al mismo ritmo. De otro modo, la Tierra habría cesado de existir mucho tiempo antes de que la astronomía naciese.

La distancia adquiere, así, un significado que es a la vez espacial, temporal y moral. Y aunque por una parte empobrece la percepción del antropólogo, por otra obliga a este a hacer de la necesidad virtud, empujándolo a ver tan solo las propiedades esenciales de los fenómenos estudiados.

Disciplina de confín por excelencia, la antropología y los antropólogos se prestan a definiciones con frecuencia curiosas, que a veces reflejan la época y la formación de quien las ha destilado, pero que al final parecen llevar todas a una zona semántica común hecha de «sobras» y «rarezas», animada por «traperos» y «mercachifles», y que a menudo habita la «periferia», la cual, si bien se encontrará lejos del centro, está en movimiento siempre, como indica la raíz griega del verbo *peri-férein*.

«La antropología es la ciencia de las sobras», dijo Clyde Kluckhohn, antropólogo estadounidense autor de un célebre libro titulado *Mirror for man* [‘Espejo para el hombre’].

«La antropología requiere apertura mental para poder mirar y escuchar, registrar con estupefacción y maravillarse ante aquello que no se habría podido adivinar», dijo Margaret Mead —una de las figuras más importantes de la antropología—, quien estudió a las poblaciones samoanas.

«Los antropólogos son los mercachifles de la historia», afirmó Claude Lévi-Strauss, antropólogo, filósofo y etnólogo francés cuyo pensamiento ha calado en gran parte de las ciencias sociales, y no solo en ellas.

«Los antropólogos son viajeros que se adentran en las periferias de la humanidad», dijo Marshall Sahlins —padre de la antropología semántica—, quien investigó durante mucho tiempo la zona del Pacífico.

«Los antropólogos son vendedores ambulantes de anomalías, traficantes de rarezas, mercaderes de estupefacción»: esta definición la ofrece Clifford Geertz, «padre» de la antropología interpretativa.

La palabra «antropología» es un poliedro con muchas caras, cada una definida por un adjetivo (antropología física, social, cultural, cognitiva, económica...); es una especie de río que se ramifica en numerosos arroyuelos que recorren diferentes aspectos de la vida de los seres humanos para componer, al final, un grande y complejo fresco que busca comprender qué somos verdaderamente y, ¿por qué no?, también qué no somos.

«La verdadera aportación de la antropología no está en sus libros, sino en su capacidad de transformar las vidas», sostiene Tim Ingold, antropólogo sueco que

nos recuerda también hasta qué punto es algo fundamental «tomar en serio» a los otros. Por eso, al final de cada breve divagación he insertado un caso etnográfico relativo al tema en cuestión –indicando el texto de referencia– para reflexionar sobre la diversidad cultural y descubrir que, de esos rincones lejanos del mundo a los que sin razón consideramos sobras de la historia, pueden llegarnos lecciones importantes.

1. Ser (humanos)

Donde se intenta explicar qué es la cultura, por qué hay tantas diferencias en el mundo y por qué, a pesar de ello, la cultura es lo que nos reúne al conjunto de los humanos.

¿Quién no se acuerda de la fábula de ese patito feo del que todos se burlaban, pero que al final resulta ser un bellissimo cisne? En cisnes –en sentido metafórico–, los humanos no puede decirse que nos hayamos convertido; al menos no todos.

No podemos decir que seamos la especie más bella de la Tierra, pero sin duda sí la más invasiva, la que ha tomado la delantera en el planeta y –con no poca presunción– se ha autodenominado *sapiens* y, de hecho, *sapiens sapiens*. Patitos feos, en cambio, sí que lo somos un poco en el sentido de que empezamos mal, de que venimos al mundo incompletos. Somos, en efecto, los únicos animales que, al nacer –en una versión básica, sin extras–, no son funcionales. Mientras que una cría de cualquier otra especie aprende en pocas semanas todo lo que necesita para sobrevivir, a nosotros nos lleva años entender cómo estar en el mundo.

Mientras que los pájaros están dotados de huesos huecos y alas con plumas para volar, los peces de aletas, escamas y branquias para estar en el agua, los carnívoros de colmillos y garras, los herbívoros de un estómago particular y de una velocidad –no siempre, pero en ocasiones– suficiente para huir de los carnívoros, nosotros, los humanos, cuando nacemos no estamos pre-dispuestos para ninguna actividad en concreto. Carecemos de pelaje para el frío, y de colmillos o garras para defendernos; solo nadamos tras el necesario curso en la piscina y, si dejamos aparte a Usain Bolt y unos pocos rivales suyos, tampoco somos especialmente veloces en la carrera... En resumen: que, vistos así, no parecemos gran cosa como proyecto.

Aquí está la paradoja. Aunque es verdad que una especialización favorece la existencia en determinadas condiciones, no es menos cierto que la limita a tales condiciones: para el dromedario sería complicado vivir en Groenlandia, pero a su vez el oso polar lo pasaría mal en Tamanrasset. Resulta, así, que esa incompletitud humana inicial se transforma en un recurso porque, debidamente colmada con distintas opciones, nos permite ser mucho más adaptables, hasta el extremo de que logramos sobrevivir en Groenlandia, pero también en Tamanrasset; en los altiplanos andinos –a más de cuatro mil metros de altitud– y en los bosques tropicales; en el hielo siberiano y en el calor ecuatorial. Y todo gracias a eso que llamamos «cultura», que en el fondo es esa parte de naturaleza que nos toca realizar a nosotros.

En nuestro vocabulario el término «cultura» tiene diversas acepciones. Para empezar, es sinónimo de erudición; una persona «de cultura» es alguien que ha adquirido un saber a través del estudio, al que ha dedicado la vida. Empleado en plural, sin embargo –«culturas»–, el término se refiere a las actitudes específicas de un pueblo, de una comunidad, de un grupo: lo que en el pasado se calificaba de «usos y costumbres». La tercera acepción, por último, se refiere a la particular capacidad que todos los seres humanos tienen de elaborar un pensamiento gracias al cual pueden poner en práctica estrategias encaminadas a la supervivencia, y no solo.

Ya lo intuía con gran lucidez Edward Tylor, uno de los padres fundadores de la antropología cultural, cuando en 1871 escribía:

La cultura, [...] tomada en su significado etnográfico más amplio, es el conjunto que engloba conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualquier otra capacidad y uso que el hombre adquiera en cuanto miembro de una sociedad.

Esta frase, cuya simplicidad –que solo es aparente– nos desarma, tiene dos puntos importantes. Al decir que el hombre «adquiere» la cultura, Tylor pone de relieve que esta es el producto de una educación a menudo prolongada, y de un proceso articulado de construcción; no se trata, por tanto, de un dato atribuido ni de una herencia genética (sintiéndolo mucho por

los defensores de las teorías raciales). El segundo punto clave –el «en cuanto miembro de una sociedad»– arroja luz sobre el hecho de que una cultura no es exclusiva de una única persona, sino que es el fruto de relaciones entre individuos. Es del diálogo –del intercambio, del encuentro– de donde nacen todas las culturas. No es casual que la antropología cultural se presente como disciplina de frontera. Podríamos decir que las culturas están en las relaciones, en ese espacio que hay entre las personas y que se ha de llenar con formas de comunicación y de comportamiento compartidas. En el fondo la antropología cultural, por más que se defina –un poco presuntuosamente– como «el estudio del hombre», en realidad pertenece a un nutrido grupo de disciplinas que han hecho del ser humano su objeto de estudio. (Y no solo las disciplinas llamadas «humanísticas»; también la medicina se ocupa de nosotros, afortunadamente). Lo que distingue a la antropología cultural es que se ocupa, de modo particular, de aquello que hay entre los individuos, de cómo los humanos construyen las relaciones que mantienen entre ellos y con el ambiente en el que viven.

Así, mientras que la primera definición tiene que ver con una parte específica de la humanidad –los eruditos, los «intelectuales»–, las otras dos nos afectan a todos, porque no hay individuo carente de cultura. Como animales sociales que somos, necesariamente hemos ido elaborando códigos verbales –y no solo– comunes, hemos ido tejiendo redes de símbolos y de

significados compartidos. De este modo la cultura, instrumento potencial que caracteriza a todo ser humano, es forjada por la sociedad en la que vive sobre la base de elementos históricos, ambientales y en ocasiones casuales, y es declinada en varias formas (o culturas). Transmitida de generación en generación, cada una de estas culturas —«que el hombre adquiere en cuanto miembro de una sociedad»— se convierte en un patrimonio colectivo al que recurrir, y que con el tiempo termina por influir en sus propios miembros. Este proceso lo sintetizan de forma ejemplar las siguientes palabras de Clifford Geertz —uno de los mayores antropólogos contemporáneos—, para quien «el hombre es un animal suspendido entre telarañas de significados que él mismo ha tejido».

Es a través de estos modelos ordenados de símbolos significativos como el hombre interpreta y da un sentido a los sucesos que vive y al mundo que habita. Las culturas son, en efecto, instrumentos que sirven a las sociedades humanas para clasificar el mundo que las rodea, para recolocar conforme a sus parámetros lo que aparentemente carece de orden, o mejor dicho de orden «humano».

La diferencia cultural nació gracias al desplazamiento, gracias al camino que emprendieron nuestros antepasados más remotos, quienes, paso a paso, iban encontrando entornos nuevos, problemas nuevos que resolver, situaciones nuevas que afrontar; pero el proceso de construcción no se detuvo con la colonización del planeta. Migraciones, viajes, comercios, inventos,

fenómenos naturales no han dejado de poner a prueba a las distintas sociedades humanas, que tampoco han dejado de enriquecerse con elementos llegados del exterior. Como somos una especie caminante, nuestros pies primero y hoy la web han permitido siempre que ideas, conceptos e inventos circulen, que las culturas influyan las unas en las otras y contraigan deudas y créditos mutuamente. Las ideas circulan y, en ocasiones, lo hacen a gran velocidad; cada cual toma de los demás lo que considera útil o hermoso. Nosotros, los occidentales, contamos con los números árabes, bebemos té asiático, miramos a través de lentes que inventaron los chinos, tenemos nuestros idiomas llenos de términos que llegan de países extranjeros, a veces rezamos a divinidades de Oriente Medio, etc. «Todas las civilizaciones son productos mixtos. Solo la barbarie es simple, monádica y sin mezcla», dice Tagore.

Nadie se ha quedado nunca totalmente aislado y podemos afirmar que toda cultura es, de suyo, multicultural (por más que pese a los fanáticos de la pureza). Más aún: las culturas son sistemas en perpetua transformación. La telaraña se teje, desteje y reteje en un conflicto continuo entre conservación e innovación. No pensemos, por tanto, en las culturas como mecanismos de relojería –precisos y repetitivos–, sino más bien como esas viejas motocicletas que a menudo también funcionan con piezas sacadas de otras motos. Las culturas son, por decirlo con Lévi-Strauss, el resultado de un «bricolaje». O bien son, citando ahora a

Clyde Kluckhohn, «un conjunto de piezas, cascotes y desechos».

Sobre el hecho de que pertenecemos al reino animal no cabe duda –y algunos de nuestros semejantes hacen de todo para recordárnoslo–, pero de los animales nos distingue precisamente la cultura. Sin cultura no seríamos una de las numerosas especies vivas, ni siquiera chimpancés (nuestros primos más cercanos); sencillamente no existiríamos.

Y es que la cultura forma parte de nuestra naturaleza, la completa. Es nuestra segunda naturaleza, la parte de naturaleza que realizamos nosotros; y por ello tiene una diferencia sustancial respecto al ámbito de lo «natural». Si, en lo que a la biología se refiere, no estamos en condiciones de elegir –porque no podemos decidir nuestra altura, ni el color de nuestra piel o de nuestros ojos–, cuando saltamos al terreno de la cultura podemos escoger si ser europeos y budistas, escuchar música africana, vestirnos en plan oriental, adorar la cocina japonesa, etc.

Adoptamos modos de vida distintos porque crecemos en comunidades distintas, pero el simple hecho de que podamos aprender comportamientos diferentes –hacer nuestros los de otros– nos dice que todos los humanos tenemos una predisposición común. Y esto es lo que llamamos cultura.

Muchas, demasiadas veces a lo largo de la historia, se ha desarrollado la tendencia a juzgar que determinadas culturas son inferiores al resto. Baste pensar en conceptos como los de «pueblos sin historia», «sin

Estado» o «sin escritura», conceptos basados siempre en ese «sin», o sea, en una falta de respeto a nosotros mismos, ya que también de nosotros podría decirse que nos falta esta o aquella cosa si se nos mirase con los ojos de otros. Lamentablemente el etnocentrismo, la tendencia a juzgar el mundo con base en el propio metro, es una «enfermedad» muy extendida por todo el género humano, y que con frecuencia lleva a una sociedad dada a creerse superior a las demás.

Esta supuesta superioridad induce a veces a considerar inferiores las culturas ajenas, confundiendo los parámetros. Nadie negará que los Estados Unidos son la mayor potencia militar del planeta, pero eso no quiere decir que su cultura sea superior a las otras. Algunas sociedades orientales han desarrollado un conocimiento de la mente humana más profundo que el occidental, y, en la gestión de los individuos, muchas sociedades tradicionales africanas han obtenido unos resultados excelentes. Mejor hacer nuestras las palabras de Lévi-Strauss cuando escribe que «ninguna sociedad es profundamente buena, pero ninguna es absolutamente mala; ofrecen todas ciertas ventajas a sus miembros. Cada cultura es una de las muchas variantes de un proyecto humano universal que, en el fondo, solo tiene en común un objetivo: sobrevivir».

Americanos al cien por cien

Los decenios inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial vieron a una generación de jóvenes que aspiraba a la paz y que pensaba, acaso por vez primera, que los problemas de los demás eran también sus problemas. La paz a la que se había llegado, el fin del colonialismo, las nuevas aspiraciones alimentaban un cierto viento de universalismo. Tras la caída del Muro de Berlín (1989), aquel viento cambió y estamos asistiendo a un peligroso renacer de los confines, de los muros y de las barreras (físicas y culturales). Frente a la idea de que las culturas son unidades únicas, separadas e incompatibles entre sí, merece la pena recordar la provocación que el antropólogo estadounidense Ralph Linton (1893-1953) solía proponer a sus alumnos en la primera clase de antropología cultural:

La difusión de ideas y de modelos de comportamiento, o incluso el intercambio de objetos materiales, es siempre un acto bidireccional entre distintas sociedades. Los estadounidenses a menudo piensan que se trata de un proceso en una única dirección –también hay quienes consideran que nuestras costumbres y nuestra tecnología son «superiores»–, pero no es así. Los estadounidenses han recibido tanto como han dado a otros pueblos. Nuestra rápida asimilación de artículos nuevos, y nuestro orgullo por la autosuficiencia, podrían impedirnos ver lo que realmente ha ocurrido [...] El ciudadano estadounidense medio se despierta en una cama construida conforme a un modelo que tuvo su origen en Oriente Próximo. Aparta unas sábanas y unos cobertores que pueden ser de algodón –planta originaria de la India– o de lino –planta

originaria de Oriente Próximo–, o de lana de oveja –animal originariamente domesticado en Oriente Próximo– o de seda, cuyo uso fue un descubrimiento chino. Y todos estos materiales se han hilado y tejido con arreglo a procedimientos inventados en Oriente Próximo. Luego se pone sus mocasines –inventados por los indios de las regiones boscosas del este de los Estados Unidos– y va al baño, cuyos accesorios son una mezcla de invenciones europeas y estadounidenses (todas de fecha reciente). Tras ello se quita el pijama –prenda inventada en la India– y se lava con jabón, que fue un invento de antiguas poblaciones gálicas. Luego se afeita, lo que constituye un rito masoquista que al parecer deriva de los sumerios o de los antiguos egipcios.

De regreso al dormitorio, coge su ropa de una silla –cuyo modelo se elaboró en el sur de Europa– y se viste. Se pone prendas cuya forma derivó en origen de las ropas de piel de los nómadas de las estepas asiáticas, se calza los zapatos –hechos de piel que se tiñe conforme a un procedimiento inventado en el antiguo Egipto y cortados conforme a un modelo derivado de las civilizaciones clásicas del Mediterráneo–, y se pone en torno al cuello una cinta de colores brillantes que es un vestigio que ha sobrevivido de los chales que se ponían sobre los hombros los croatas del siglo XVII ...

Mientras va a desayunar, se detiene a comprar un periódico y lo paga con unas monedas que son una antigua invención lidia. En el restaurante entra en contacto con toda una nueva serie de elementos tomados de otras culturas: su plato está hecho de un tipo de loza inventado en China; su cuchillo es de acero, aleación llevada a efecto por primera vez en el sur de la India; el tenedor tiene orí-